

Manual inhábil para encuadernación de «e-books».

LOMO. De muy chico sobrellevé una presencia amenazadora en el gabinete donde mi padrino ejercía de abogado —canónico, por cierto, pero eso entonces me dejaba indiferente—; era un descomunal armario-vitrina entre *chippendale* y remordimiento español habitado por volúmenes idénticos, lomos gruesos, en crema, azul y rojo, a los que debí rendirles un respeto silente y medroso sin saber por qué. Supe, con el tiempo, que aquello era *el Aranzadi*. Casi nada. Bastantes años después, ya subalterno de filosofía y letras, entré en un piso de familia acomodada —muy acomodada, eran mis caseros— y sentí un estupor estético raro: el salón-comedor, quizá acogedor y estándar, tenía en todo su perímetro de zona sagrada una soberbia cornisa de madera quién sabe si de caoba o qué pero de mucho empaque, que no era sino potente balda corrida en la que dormía *el Espasa* entero, completo según me aseguraron. Un dineral a más de tres metros de altura, omnipresente con las visitas, a la hora de la tele y en cualquier disputa paterno-filial. Inalcanzable, claro, salvo con zancos o escalerita *ad hoc*. Parecía no haber más libros pero sí; cuando volví de la revelación descubrí sobre un veladorcito arrinconado y coqueto uno con fotos de flora y fauna de las Galápagos; junto al amplificador musical de última generación —de entonces— otro de gran formato sobre automóviles de ensueño y a su vera, casi inadvertido, un tercero dedicado a familia y salud que era el único con cierta traza de uso y consulta —y de cierta mantequilla, me pareció—.

Los productos de la cultura como guarnición profesional y/o decorado hogareño constituyen una dimensión del sector que puede mover a mofa y sarcasmo, pero que significan una parte del negocio del conocimiento y de la socialización simbólica a la que dejamos escapar en el análisis tal vez alegremente. El libro como objeto es quizá el producto cultural más accesible para desembocar en dicho uso junto a la stampa y el grabado. No así el disco, ni en sus viejos formatos ni el cedé, porque su forma, su delgadez, su práctica ausencia de lomo, le resta solvencia estética salvo profesional o maniática acumulación; y además ha sido decorativamente aniquilado por inquietantes micro-arquitecturas de sobremesa destinadas a publicitar la hegemonía recién estrenada del «iPod» en la cotidianeidad.

Ahora bien, la tecnología digital ha terminado por unir libro y disco en un síndrome común: el del compilador compulsivo. Como síndrome, contiene sintomatologías diversas; la más común es la del *burlador editorial* que al parecer disfruta sabiéndose causante de la ruina de ciertas empresas; puede sumarse al de *ilustrado inconstante*, sufridor del pesar por tanto como debiera leer, escuchar, haber leído y escuchado, aunque la azarosa vida siga impidiéndole cumplir con un destino de saberes inviables; así mismo entra en juego el *inaugurador obsecuente* compelido a dotarse de lo último que el mundo, la vida, la prensa, la tele, un amigo que vive en Manhattan, sancionan como el futuro que ya está aquí. Y todo esto en un «pen» de capacidades siderales pero que, francamente, luce bastante poco —salvo aberraciones de diseño—. Estéticas y manías aparte, el libro electrónico y los textos digitalizados o tratados *ad hoc* para leerlos en el primero son en estos momentos el eje de un proceso plagado de incertidumbres en torno al «mundo del libro». Las dudas e inquietudes afectan a prácticamente todas las facetas de lo que habíamos conocido como libro y edición: al producto, a los hábitos de lectura y a la lectura misma, a la industria editorial.

NERVIOS. Pueden seguirse los distintos hilos de la trama abierta por la edición electrónica en el ámbito del libro comenzando por la lectura en sí, en la que el «e-book» ha abierto el abanico de

opciones en la vida material de quien lee porque estandariza el tamaño, peso y cuidados requeridos por el objeto, libera la movilidad de manos y dedos, arrumba pesadumbres y adminículos del prósbita y, desde luego, sustituye la idea de libro por la de repositorio en los traslados cotidianos. En un tiempo en que la cultura había incorporado el paradigma de «puesta a disposición» al núcleo de las políticas públicas, la lectura digital da un giro al sentido de ese estado de cosas convirtiendo al lector en auto-proveedor de la cultura, básicamente la escrita, que quiere tener a la mano. Desde luego que, como venía sucediendo en la oferta de cultura en el espacio público, el lector puede o no ejercer como tal, usar lo que está a su alcance o simplemente acumular esa auto-oferta para uso singularmente privado. Es este un cambio sutil en la vida material del consumidor de cultura, un cambio en la condición técnica de «lector» que parte del hecho de contar con la *encuadernación* más confortable, cómoda y adaptable que hubiéramos imaginado hace tres décadas. Pero un cambio con implicaciones estructurales que, precisamente, están alterando las variables de la cultura editorial que conocemos y que se relacionan con decisiones que antes estaban del lado del editor y ahora en el del consumidor de libros.

La constitución de un catálogo personal de textos disponibles —que arrancará en la emoción de la desiderata y puede que termine en un laberinto de desencantos— es una decisión que altera un proceso de sensibilización ante el conocimiento en el que siempre han intervenido factores de socialización relevantes, o que hasta ahora nos han parecido así. El entorno familiar, la escuela, la formación posterior, los grupos sucesivos de amistad, trabajo o estudio, la irrupción o no de una biblioteca, una librería, un maestro o un líder, uno o varios editores han sido las fuentes psicosociales de modulación de un «lector» que, obviamente, la libertad individual se encarga de alejar o acopiar, de tejer o desechar como parte del flujo de la vida. Con un «*e-book*» entre las manos, sin embargo, esos factores pueden empezar a desvanecerse, dejándonos a solas con nuestra libertad personal ante un catálogo desmesurado, virtual y hasta ahora dudosamente ordenado ni contextualizado. Leer puede pasar de opción vital a simple cata en la oferta. No tiene por qué ser malo.

Hay que decidir también, ante el libro electrónico, si uno se pliega a la piratería o se atiene a una honestidad virtual que en cualquier caso ata a la conectividad y desliga de la librería. Sin entrar a reiterar la soledad del ciudadano global ante la pantalla, la descarga digital está desatando un dilema de ética bastante ramplón, descalificador de a dónde hemos llegado, pues creíamos pertenecer a una sociedad respetuosa de la propiedad, el trabajo y el negocio de unos y otros, pero resulta que millares de adalides del progreso en conexión desbaratan sin empacho una cadena de esfuerzo, mérito, inversión, riesgo y, sobre todo, conocimiento, tal vez porque sienten que a este lado de la pantalla —como había sucedido ya con el interior del automóvil— el derecho ajeno si no decae cuando menos no nos concierne. Lo que había sucedido con la música y estaba pasando con el cine ha llegado al libro, y pasa que tantos que se reclaman algo más que meros consumidores se comportan como cleptómanos y aun van dando pista y consejo sobre cómo robar más, con menos clics y mayor regodeo. El lector del siglo XXI opta pues también entre la civilidad o una estafa cohonestada con su noble y culta adicción; opción de la que queda pendiente si la secuencia editorial subsiste. Esto sí tiene que ser malo.

El hilo que lleva hasta el producto libro en la actualidad se desfleca en cuestiones de formato, tratamiento y accesibilidad. Pero se pasa por alto que, cualquiera que sea su apariencia y tecnología de fabricación, tanto el soporte como el contenido son persistencias ineludibles. Qué perogrullada, ¿no? Pues parece que tanto la fabricación del objeto —el que sea— como la

[Léxico de incertidumbres culturales]

elaboración de su contenido han pasado al terreno de la irrelevancia. La edición, impresión o digitalización y comercialización del libro han caído en un pozo de opacidad, negocio fácil y engaño generalizado —por una extraña transferencia de prejuicios—, inaccesible para cualquier alegato: «bastante ganan», parece ser el lema. Y respecto del contenido, ¿qué decir, si es ya una deducción crítica que procede de una cadena plagaria que arranca en el Pleistoceno o sus proximidades?: una *verdad*, por demás, revelada a ciertos humanos por vía digital.

La industria del libro y el derecho de autor están en horas bajas. Si se revisa lo escrito, alegado y analizado respecto al libro en los últimos años¹ puede sacarse una impresión básica: una derivación tecnológica —el lector electrónico— ha propiciado que un producto de corto atractivo mercantil hasta el pasado reciente —el libro— pase a tener un valor añadido para la industria de las TIC. El valor añadido consiste en que la materia prima, el texto, ya está producida, tratada y *posicionada* en su demanda, y además en que todas esas fases van a seguir durante mucho tiempo al cargo de otro sector, el editorial, por lo que su explotación digital parte de unos costes ridículos para las dichas TIC. Esto se ha decantado en menos de quince años. Difiere de música y cine en que no contaba ni cuenta con una demanda tan compulsiva, ni cuenta con una imagen actualizada; pero el mercado potencial es incluso mayor, tanto o más duradero y toca una fibra en la mentalidad, el prurito cultural, inexplorado desde el fervor tecnológico.

CARTONÉ. El libro, su concepto, no ha cambiado. Pero en su espacio socio-cultural, que es vastísimo, se ha colocado un objeto tecnológico —«e-book», «iPad[®]», el viejo ordenador y hasta el telefonillo— que propone un uso más actual, más futurista, más cómodo y más entretenido del «libro». A los primeros libros electrónicos es sabido que los usuarios más jóvenes —nativos digitales— le detectaban dos defectos imperdonables: no eran a color y no eran conectables; es claro que no evaluaban una nueva dimensión de la lectura sino la potencialidad lúdica del aparato. Esos *defectos*, sin embargo pasaron y pasan inadvertidos para quienes ya eran lectores más o menos habituales. El caso es que la irrupción de una derivación TIC en el mundo editorial, idealmente llamada a desarrollar las capacidades culturales de la sociedad contemporánea, hasta la fecha ha desestabilizado más que desarrollado la industria de contenidos con más relevancia histórica a sus espaldas; a escala mundial ese balance se resume en que, con los últimos datos y estudios en la mano, es mayor el deterioro producido en la cadena industrial y comercial del libro y en el derecho de autor, que la multiplicación de usuarios lectores.

Está, desde luego, la necesidad vital e intelectual de ser optimista o por lo menos no caer en el catastrofismo. El «e-book» ofrece por sí mismo, de fábrica, una falsa encuadernación que a efectos de apariencias sólo proporciona una cierta distinción de tecno-modernidad al usuario en público que tiene los días contados, si es que no ha fenecido ya. Sus virtudes y ventajas no van por ahí. La compresión de saberes en un «pen», que ya se ha aludido, en todo caso pulsa la cuerda atávica de un enciclopedismo de andar por casa, el «tenerlo todo» que hoy ni vislumbra el brillo social de colgar *el Espasa* cerca del techo, primero porque el adminículo es muy mamarracho, y segundo porque el mundo mundial sabe que esa acumulación es gratis o casi. Ni siquiera la cursilería que ha dotado de primorosas cajitas de diseño al «pen» de cortesía y/o

¹ Quizá el seguimiento más comprometido, o por lo menos con más ángulos de perspectiva en torno al libro y sus transformaciones, lo viene haciendo en España la revista *Texturas* desde su aparición en 2006, editada en Trama Editorial por José M. Barandiarán, Manuel Gil y Manuel Ortuño.

mercadeo institucional se aproxima a la potencia añeja de una encuadernación de las de toda la vida aunque sólo contenga glosas al catón.

El cambio pese a todo —porque no se le va a uno de la cabeza que *este cambio* no era preciso, ni urgente, ni esperado— está aquí, llega sin duda para quedarse y el análisis cultural debe encarar sus efectos benéficos y las secuelas que habrán de componerse. Todavía en 2010 se pronosticaba que la nueva *era digital* del libro llegaba para reparar los males suscitados por cadenas de grandes librerías desde los ochenta, en EE.UU., porque desbarataba ese negocio con el libre acceso a catálogos más extensos y a mejor precio, y que de rebote la pequeña librería volvería a ser refugio de encuentro entre libro y lector. Esa digitalización *justiciera* no se ha producido sino que más bien ha desestructurado el conjunto de la industria editorial en todos sus componentes. Sólo si se toma por logro un reverdecer minoritario de la librería especializada y con el libro antiguo o de culto como eje, cabe encontrar un pequeño retorno a la vieja *normalidad*. Si además, como sucede en España, la contraofensiva editorial opta por la huída hacia adelante con más títulos, tiradas más cortas y apuestas a *best-sellers* de temporada —uno o dos al año—, el impacto final en librería es el desbordamiento, mesas de novedades como espeso eje de negocio, devoluciones de cajas sin abrir en muchas ocasiones y, al final, asfixia del establecimiento, pues el público lector no ha evolucionado en esa dirección ni crecido al ritmo que hubiese requerido; y menos con la crisis al galope.

Salvo en el mercado norteamericano, según las estadísticas, el libro y los textos electrónicos están irrumpiendo con más lentitud de la deseada por Amazon®, Google®, Apple® y un puñado de aventuras *ad hoc*. Los catálogos que se anunciaban exuberantes no lo son tanto, los formatos de edición han reproducido la guerrilla inevitable de toda *revolución* tecnológica desde los tiempos del video, y la piratería se ha enseñoreado del invento. Si la polémica sobre un futuro de papel o de pantallas, o de ambos, estuviera bien pagada, creo que se[A]ría hasta ahora lo más rentable del caso. Porque hasta la piratería está siendo más remolona en comparación con lo que vimos con el disco y el DVD. Pero, eso sí, de momento la presencia y el uso de la lectura electrónica tiene en nuestra idea de modernidad las connotaciones del cartoné en las estanterías del confort ascendente.

LIBRILLO. Es probable que más que un *escenario «e-book»* lo que estemos viviendo sea un proceso en el sector del libro colapsado por la crisis, en el que una de sus variables es que la lectura digital ha irrumpido y encontrado un nicho que quiere convertir en nido. En el colapso general hay temas de improbable solución sobre la marcha como son el derecho de autor en primer término, la composición del precio final de las ediciones digitales y la fiscalidad según qué país o zona económica. Al autor, por ejemplo, cabría esperar asignarle en el libro electrónico porcentajes más altos que los habituales en el mundo del papel, contando con el hecho de que la distribución física desaparece; pero resulta que la edición digital implica costes nuevos, gestión igualmente nueva de la venta por descarga y negociaciones relativamente nuevas también entre editoriales y portales. ¿Lo comido por lo servido? ¿Y qué decir del impacto en el balance empresarial de las distribuidoras, creadas por los grupos editoriales en su mayor parte, si han de mudar o desaparecer? Es comprensible que el precio final del libro digital sea todavía una fórmula pendiente de alquimia.

La fiscalidad del libro, digital o en papel, es tema que invita a la desolación, se mire por donde se mire. Una hipotética subida del IVA, argumentada en la crisis, ataca a los cimientos de la mentalidad hasta ahora conformada, según la cual la cultura y sus productos han de ser

[Léxico de incertidumbres culturales]

económicamente excepcionales. Supondría, o supone, un paso atrás con efectos en precio, ventas y, por ende, en la sostenibilidad de la industria del libro. Pero casi siembra más desasosiego que ni siquiera esta crisis del latrocinio organizado suscite para la cultura una oportunidad de salto a la mayoría de edad: una fiscalidad estandarizada en cuanto producto de segunda o tercera necesidad, un paso al realismo económico y social del sector, un sinceramiento tan o más solidario que muchos festivales, conciertos, ediciones y pasacalles de efímero entusiasmo. Dependiendo de qué estados, áreas de influencia económica o espacios socio-culturales, la fiscalidad del producto-libro se ha convertido en símbolo de un particular cinismo en la concepción capitalista de la cultura: lo que más valor añade a la sociedad —¿o no?— es tratado filantrópicamente, caritativamente, párvulamente, dejando correr la certeza eidética de que la cultura, con el libro en su eje, es cosa menos seria, casi objetivo asistencial. El comprador de libros debiera adquirir conciencia del coste real de ese producto, del *trabajo* del autor, del compromiso empresarial y laboral del editor, y de que efectivamente el valor que suma en términos económicos es estructuralmente idéntico al del automóvil o la bicicleta que usa y cuyos *ivas* asume corderilmente. Un valor añadido que, justamente tabulado, explicaría mejor las transferencias financieras que luego el sector se ve obligado a solicitar. Y ahora el libro digital viene a remover las aguas del estanque: dilucidemos qué fase de la edición digital, incluyendo los márgenes ante la piratería y el sobre-negocio de la publicidad en internet, querremos concebir como *primera necesidad*. El «alimento del alma» no crece con nutrientes naturales; y tampoco su falta, por lo que llevamos visto, diezma las generaciones cual hambruna. Será lamentable, pero es de esa manera.

A los temas complicados, pero «acotados» por así decir, hay que sumar las dudas no precisamente metódicas. La gran protagonista en este capítulo es la piratería. De entrada el hecho no es nuevo ni forzosamente digital ni electrónico; la edición ilegal de títulos obviando derechos de autores y editores fue hasta tiempos recientes algo habitual, por no decir endémico, en el confuso mercado latinoamericano; una plaga sufrida por editoriales españolas, mexicanas y argentinas principalmente, pero entonces con sus encuadernaciones, portadas y todos los perejiles del libro en papel. Y también hasta nuestros días incluso, aunque ya casi anecdóticamente, la fotocopia ha sido nave bucanera en la que, quien más quien menos, hemos navegado con desparpajo aun después de ser advertidos de que era cosa muy fea. Sin duda esta última versión es el precedente inmediato de la piratería digital, porque no se vislumbra marco jurídico ni alianza de civilizaciones capaces de detectar, contener, abortar ni perseguir —quizá sí sancionar a boleo— no ya a webs, portales, blogs y redes *infractoras*, sino sobre todo al cleptómano global que tantos llevan dentro, ahora reforzados por los «nativos digitales» que, comprensiblemente, son «neonatos» de tantas cosas y criterios que no surgieron de una pantalla (la opción de la gratuidad universal no merece comentario).

Algo más asequible es la duda acerca del formato de archivo para los textos que arroja una nómina que da cierta risa: ¡25!, según Wikipedia® cuando escribo esto. Veinticinco formatos en rebatiña para revelarnos al fin la cultura *global*... Se me ocurre que el PDF vendría a ser el esperanto electrónico; pero también que emerge la sensación de que cuanto más se imita en la pantalla al libro de papel —ya saben, lo de pasar la página con el dedo, con su ruidito y tal— puede que más distancia estén generando entre el lector y el libro digital, más acento se pone en que ya no es un libro, más se ahonda en el juego de la nostalgia (para los viejos lectores, claro; para muchos «nativos» es posible que piensen en un videojuego... aburridísimo). El formato habrá de resolverse en uno mejor que tres, no más, aunque corra una sangre que no será virtual

sino *emprendedora*, llegado el caso. Lo cierto es que indecisiones e inviabilidades, sean pasajeras o embrionarias, constituyen en estos momentos la «cuestión», el «conflicto» de la edición digital; pero no son el fondo del contenido cultural del asunto, sino más bien los librillos o cuadernillos que conviene plegar, coser, encolar lo antes posible si queremos leer con calma y llegar a hacernos con la trama.

CABEZADA. La edición y el libro electrónicos cobijan ya sin remedio algo preocupante; un huevo de la serpiente, quizá. Ese algo anidó desde la aparición del ordenador personal y los tratamientos de texto, se ha enrevesado con las redes tenidas por sociales y decididamente emboscado con esto del «*e-book*». Me refiero a la extinción del conocimiento del proceso creativo en la escritura, esto es, en el ensayo, la narración, el texto teatral, la ciencia política, el estudio social, etc. Nuestra cultura occidental, escrita, se ha construido, ha crecido y madurado no sólo con la «obra» original entregada por el autor a impresores y editoriales sino con el retro-análisis de cómo esa obra se construyó, cómo el autor se fue relacionando con su creación o con su pensamiento que es, en fin, la relación con su inserción en el mundo y la vida. Por eso no sólo podemos *releer* a Baroja, sino interpretar el sentido de sus notas recortadas y pegadas en el manuscrito, ser cómplices de su proceso creativo hacedor de la fluidez narrativa a golpe de correcciones, retornos, adendas, recortes de prensa o arrepentimientos. Esto ha sido parte de la cultura hasta hace relativamente poco. Ahora bien, en algún momento de los ochentas saltó una alarma: Gabriel García Márquez había extraviado un disquete —prehistoria— conteniendo su última novela todavía inédita —no recuerdo bien si se trataba de *Crónica de una muerte anunciada*—. Si G.G.M. no hubiera recuperado el artilugio (capaz que en antediluviano Word Perfect®), ¿habría recompuesto ese texto como lo conocemos?

Piénsese que en las artes plásticas no tecnificadas el boceto, los apuntes, el croquis, siguen componiendo un acervo neto para la comprensión del proceso seguido por el artista. A ello se ha sumado la tecnología para radiografiar, escanear o analizar espectros de materiales, que abren el conocimiento a los procesos creativos antiguos poco, mal o nulamente documentados. Y tales avances están siendo críticos en el mercado del arte como en la conservación patrimonial. Pero en la creación literaria la tendencia está siendo al revés: se empobrece al compás de la expansión tecnológica. Los creadores que *resisten* hoy día en el lado de acá del lápiz o la estilográfica o el bolígrafo o birome o pluma, o al pie de la máquina de escribir pueden ser tomados por los últimos de Filipinas; mas en tal caso van a ser los únicos que puedan ser estudiados en profundidad como el análisis textual lo viene haciendo. Coetáneamente estamos entrando en una bienaventuranza de la auto-edición que propone hacia adelante una especie de literatura asamblearia en que, ahí sí, me temo que tendrán razón tanto los gurús del plagio interminable como los guerrilleros del tedio. Si «todo eso» es el horizonte digital y hemos de convertirlo gozosamente en legado para generaciones futuras, creo que habremos hecho un mal favor y que las tales generaciones nos van a decir de todo menos bonito. Está bien que UNESCO haya parcheado la idea de cultura en aras de una entente de gabinetes y una paz presupuestaria, pero sumergirla en el pilón de las ocurrencias parece un exceso por muy digital que se venda.

Por fortuna eso no es todo. El libro electrónico viene a coronar procesos recientes modestamente revolucionarios, uno de los cuales es la puesta a disposición de revistas científicas, literarias, de pensamiento, que durante décadas han sido herramientas ariscas del conocimiento académico, formativo o erudito. E igualmente silenciosa es la barricada abierta por bibliotecas y archivos en internet cuya vanguardia ya está en la tableta, claro, frente al

[Léxico de incertidumbres culturales]

oscurantismo tutelar de covachuelistas, administraciones y diplomacias que, encima, se reclamaban tejedores de la historia. Pasa, claro, que los fabricantes de lectores electrónicos y tabletas no consideran esos escenarios; esas son «ventajas colaterales» que no revierten en el nuevo negocio —conviene no dar ideas, de todos modos— y que por tanto jamás figuran en informe, reportaje o análisis sobre el «e-book». Obviamente es muy improbable que se vuelvan a editar en papel series documentales, facsímiles de legajos ni catálogos; y en el caso de las revistas ya es práctica que, como mucho, tengan una tirada simbólica o de compromiso, por la misma lógica. Edición electrónica y en papel han encontrado en esos ámbitos de investigación un maridaje consecuente que sólo está apuntando al divorcio, sorprendentemente, en el campo del libro jurídico.

CUBIERTA. La diatriba acerca del soporte que haya de *imponerse* empieza a ser algo bizantina. Lo que está en el alero es el desarrollo de formulas técnicas, jurídicas y económicas que proporcionen suficiente campo de juego, pero que el libro tradicional en papel y el electrónico han de convivir, y no sólo coexistir durante un tiempo, ya se perfila como escenario razonable. Cuando en los últimos meses hablamos y leemos en España acerca del desplome del libro de bolsillo y del agotamiento de las ferias como recurso promocional, no hay que mirar a la edición digital con aire de reproche. El formato de bolsillo fue un hallazgo virtuoso hace medio siglo que ahora no encuentra al parecer un contexto socio-cultural similar y, en todo caso, la competencia por tamaño y versatilidad del electrónico le habrá «robado» en el peor de los casos no más del 10% de venta. Piénsese que, a escala mundial, está sucediendo que la producción digital ya crece más que su facturación; las dificultades de este o aquel formato no hay que achacarlas a un tipo de producto nuevo que por razones de crisis, pero también de limitación tradicional de su demanda, no se comporta de momento de forma arrasadora como ha sucedido con discos y videos. Las ferias, por su parte, iniciaron su estancamiento antes, mucho antes de que el libro electrónico entrara en circulación. Empezaron a perder el tren de la *fiesta* cultural a la vez que los librereros se reciclaron en *meseros* de novedades, cuando el libro de texto puso alma de Tío Gilito a los editores y decidieron contratar a lechuguinos con MBA para hacer cultura: ferias de ventajistas estrenando *blackberries*[®], sin feriantes y de casetas clónicas.

Aseguran que ya un siete por ciento de los lectores españoles lo hacen en soporte electrónico y que la oferta digital representa un 3% del mercado editorial. Las perspectivas, con crisis y todo, son de crecimiento más pausado que veloz y que, como ya se ha dicho, todo gira en torno a precio, fiscalidad y estabilización de la competencia; puede ir para largo. Más inquietante es el *hallazgo* de la lectura breve como producto adecuado para el cliente digital; ya saben, ese reclamo de la retro-ilustración que vivimos de por qué he de comprar diez temas si sólo me interesa —o puedo digerir— uno: parece ser que hay más fluidez comercial para el «e-book» si los textos no superan las diez mil palabras. Me alegraría por el cuento y me pone a soñar con convertirme en señor de maletines a golpe de textos como éste. Pero no se me alcanza si tanta pequeñez nace en maitines de becarios de *holding* o responde a una seña de lo que viene. Desasosiego, es la sensación. En esos terrenos hay que estar avizor porque el *marketing* lleva tiempo alzándose con el santo y la limosna: un experto en portales, redes y *vida* digital aseguraba hace poco que «hacer negocios en Internet es redefinir procesos»... Habrá pues que circular con chubasquero.

Lo más práctico, en fin, para encuadernar «e-books» va a ser encomendarse al artesano correspondiente; se frustrará ante la tarea porque es como pedir al arquitecto que sueñe en cartón piedra, pero puede salir una neo-encuaderna[A]ción simpática, personalizada y, si anda

vivo, hasta patentar el adminículo y acabar millonario vía tiendas de chinos. Para los «*pen drive*» está más difícil (aunque ahí están las ediciones *pulga*); cabe imaginar ostentosas cajas en caoba con sus huequecitos a la espera de la joya: porque, guarden lo que guarden, si son *libros* tendrán algo o mucho de joya. Al fin y al cabo simular libros convenientemente encuadernados forma parte del atrezo escénico: un libro con un buen lomo es como parte de Eloísa cuando estaba debajo de un almendro. En cualquier biblioteca se nota enseguida donde habita la cultura relevante por las encuadernaciones, por esos lomos rectorales, señor, que da entre gusto y susto de verlos así tantos y tan juntos. Nada que ver con esta morralla informe, desapareja y descamisada en rústica a la que uno se acerca sin más para manosearla y que, ay, es la que consigue traer a casa, juntar con los años, acarrear en las mudanzas². Nada que ver. Los títulos y autores ya dan igual, porque a qué ponerse uno en erudito de salón a estas alturas: los libros son o muy bonitos o libros sin más, qué caramba.

Uno descubrió *el Espasa*, su utilidad interminable, en la Biblioteca de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; fue como echarse novia libertina y didáctica; me explicaron que los tomos mejor conservados eran en realidad reposiciones porque sus predecesores se echaron a perder o fueron fusilados sirviendo de parapeto en defensa de la II República; incluso varios incunables de esa biblioteca sufrieron igual destino y conservaron durante años agujeros, restos de sangre y de cuero cabelludo; memoria muerta, que se dice. Se mira ahora la tableta estupenda, los tres o cuatro «*pen's*» con textos almacenados y no se sabe si vive o dormita en ellos alguna memoria, pero se nota una nostalgia grande de libro con su media piel o su encuadernación imperfecta o su sobre-camisa con diseño envejecido de cubierta. Me giro y están ahí: a mi acecho, en su balda insomne.

2 [□] Esta última cuita resulta frívola cuando se lee *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard (1959. F.C.E. Trad. de Mario Monteforte Toledo).